

Plaza Pública

para la edición del 14 de Junio de 1996

Diplomacia enferma

Miguel Ángel Granados Chapa

El próximo primero de julio Irlanda asumirá la presidencia de la Unión Europea, que ejercerá durante el semestre en que deben adelantar las negociaciones para un acuerdo entre México y Europa. Y precisamente en ese momento, cuando más necesaria es la representación mexicana ante el gobierno de Dublín, el nuestro carecerá de embajador o estará llegando uno nuevo que, jadeante mientras instala su menaje, deberá ponerse al tanto de una cuestión que si bien se ventila en Bruselas, requiere ser planteada también en la isla que encabezaré al continente durante los próximos seis meses.

Aunque sólo fuera por esa inoportunidad merecería un juicio crítico el abrupto relevo en la embajada mexicana en la patria de Joyce. Agustín Gutiérrez Canet, que estrenó con esa misión su rango de embajador, a que llegó tras 17 años en el servicio exterior, deberá concluir su estancia en Irlanda el último día de este mes. A pesar de que faltan sólo dos semanas para esa fecha, no se conoce el nombre de quien lo reemplazará, rasgo revelador de una tardanza que afectará intereses nacionales y evidencia también de la irregular circunstancia en que se efectuará el cambio de titular en nuestra representación diplomática en "la verde Erin".

El manotazo que desde Tlatelolco condujo a la remoción de Gutiérrez Canet se debe, probablemente, a un episodio cuyos contornos nada tienen que ver con la diplomacia, y por lo tanto deben ser examinados cuidadosamente, porque tal vez muestran nuevas y peligrosas aristas de la conducción gubernamental. Se trata de la breve estancia en Dublín de Jorge G. Castañeda, que en la primera semana de mayo se encontró allí con el ex presidente Carlos Salinas y en la siguiente ofreció una conferencia sobre cambio social y democratización en América Latina, ante miembros del Trinity College, de la capital de Irlanda. Aunque ni ese encuentro ni tal acato académico fueron secretos, no se habló de ellos en México sino muy recientemente, cuando se generó la especie de que Salinas y Castañeda se reunieron para fraguar la campaña de rumores sobre la renuncia del Presidente Zedillo.

(Haría reír, si no partiera de impulsos peligrosos, la tentación que a menudo se observa en nuestra vida pública, de atribuir a personas específicas un fenómeno que por su propia naturaleza es inasible y colectivo, como los rumores. Por tratarse de una reacción en cadena, es imposible fijar su origen, pues siempre es posible encontrar un eslabón previo, sin hablar de la complicación que surge cuando la cadena se cierra y, haciéndose circular, los transmisores son al mismo tiempo receptores. En noviembre pasado, cuando se produjo una embestida contra la estabilidad monetaria, una cavilación periodística formulada en el extranjero sobre la creciente intervención militar en la vida pública

fue presentada como la semilla del rumor de un cuartelazo. Hablillas sobre el tema se escuchaban antes de que un impreso diera cuenta de ellas, que las recogió precisamente porque circulaban en las calles. Aun si fuera posible determinar la cuna de un rumor, nada se podría hacer legalmente contra los autores, pues la maledicencia no es delito. Si lo fuera, los cafés se vaciarían de parroquianos o se llenarían de delatores dispuestos a señalar a todo rumorógeno --generador de rumores-- que se aventurara a comentar los hechos de la actualidad).

Pero hablamos de Castañeda, y de Salinas. El embajador Gutiérrez Canet pudo ser castigado o por propiciar tal encuentro, vistas sus consecuencias, o simplemente por haber acogido a su amigo Castañeda en la capital de Irlanda. Puede excluirse lo primero, por dos circunstancias. De una parte, la cita del ex presidente y el académico y activista político se estableció directamente entre ellos, sin intervención del embajador, y tuvo lugar el sábado 6 de mayo, cuando el diplomático pasaba el fin de semana fuera de Dublín. Por otro lado, el cese fulminante ocurrió muy poco tiempo después de esa fecha, antes de que se decidiera esparcir la noticia del encuentro y atribuirle los efectos perniciosos y desestabilizadores que hoy se le achacan.

No es reconocible, por otro lado, signo alguno de distanciamiento y menos aun de antagonismo entre el Presidente Zedillo y su antecesor. La política económica establecida por éste se cumple puntualmente hoy, y ni el ministerio público ni los mecanismos jurisdiccionales

del Congreso han osado llamar al ex titular del Ejecutivo, no obstante que sobran los motivos para requerir ya no digamos para traerlo a juicio, sino siquiera para solicitar su testimonio y la privilegiada información que su posición le permitió adquirir. Y si bien es cierto que su hermano mayor está siendo procesado, también lo es que se estorba sistemáticamente el funcionamiento de la comisión legislativa que investiga a Conasupo, de cuyo trabajo se desprendería abundante evidencia para fortalecer uno de los juicios instaurados contra Raúl Salinas de Gortari.

Quizá entonces fue la hospitalidad ofrecida a Castañeda lo que provocó la ira del canciller José Angel Gurría, quien personalmente notificó a Gutiérrez Canet, vía telefónica, su remoción por pérdida de la confianza. Es probable que se resintiera en Tlatelolco la contribución de un miembro del servicio exterior a la difusión del pensamiento de un opositor al régimen, tal como se considera a Castañeda. Si se comprueba que tal fue la causa, estaríamos ante un absurdo monumental, por dos razones. Una es que castigaría un servicio útil al conocimiento de lo que pasa en México, porque en su conferencia Castañeda presentó el haz y el envés de la realidad mexicana. (Dijo, por ejemplo, que la pobreza no es condición suficiente para que el país estalle en una rebelión, porque hay más pobres en el DF que en Chiapas). Y la otra es que se ofrece a Europa una imagen de intolerancia justamente cuando se examinará cuanto practica México pautas democráticas, para ver si conviene tenerlo como socio. ■■■■

PLAZA PÚBLICA
MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA

Diplomacia enferma

El cese del embajador en Irlanda, Agustín Gutiérrez Canet, es inoportuno porque ese país presidirá la Unión Europea, cuyos miembros indagarán cómo vive México la democracia con la que es incompatible la intolerancia que en este gesto se revela.



EL PRÓXIMO PRIMERO DE JULIO IRLANDA ASUMIRÁ la presidencia de la Unión Europea, que ejercerá durante el semestre en que deben adelantarse las negociaciones para un acuerdo entre México y Europa. Y precisamente en ese momento, cuando más necesaria es la representación mexicana ante el gobierno de Dublín, el nuestro carecerá de embajador o estará llegando uno nuevo que, jadeante mientras instala su menaje, deberá ponerse al tanto de una cuestión que si bien se ventila en Bruselas, requiere ser planteada también en la isla que encabezará al continente durante los próximos seis meses.

Aunque sólo fuera por esa inoportunidad merecería un juicio crítico el abrupto relevo en la embajada mexicana en la patria de Joyce. Agustín Gutiérrez Canet, que estrenó con esa misión su rango de embajador, a que llegó tras 17 años en el servicio exterior, deberá concluir su estancia en Irlanda el último día de este mes. A pesar de que faltan sólo dos semanas para esa fecha, no se conoce el nombre de quien lo reemplazará, rasgo revelador de una tardanza que afectará intereses nacionales y evidencia también de la irregular circunstancia en que se efectuará el cambio de titular en nuestra representación diplomática en "la verde Erin".

El manotazo que desde Tlatelolco condujo a la remoción de Gutiérrez Canet se debe, probablemente, a un episodio cuyos contornos nada tienen que ver con la diplomacia, y por lo tanto deben ser examinados cuidadosamente, porque tal vez muestran nuevas y peligrosas aristas de la conducción gubernamental. Se trata de la breve estancia en Dublín de Jorge G. Castañeda, que en la primera semana de mayo se encontró allí con el ex presidente Carlos Salinas y en la siguiente ofreció una conferencia sobre cambio social y democratización en América Latina, ante miembros del Trinity College, de la capital de Irlanda. Aunque ni ese encuentro ni tal acto académico fueron secretos, no se habló de ellos en México sino muy recientemente, cuando se generó la especie de que Salinas y Castañeda se reunieron para fra-

guar la campaña de rumores sobre la renuncia del presidente Zedillo.

(Haría reír, si no partiera de impulsos peligrosos, la tentación que a menudo se observa en nuestra vida pública, de atribuir a personas específicas un fenómeno que por su propia naturaleza es inasible y colectivo, como los rumores. Por tratarse de una reacción en cadena, es imposible fijar su origen, pues siempre es posible encontrar un eslabón previo, sin hablar de la complicación que surge cuando la cadena se cierra y, haciéndose circular, los transmisores son al mismo tiempo receptores. En noviembre pasado, cuando se produjo una embestida contra la estabilidad monetaria, una cavilación periodística formulada en el extranjero sobre la creciente intervención militar en la vida pública fue presentada como la semilla del rumor de un cuartelazo. Hablillas sobre el tema se escuchaban antes de que un impreso diera cuenta de ellas, que las recogió precisamente porque circulaban en las calles. Aun si fuera posible determinar la cuna de un rumor, nada se podría hacer legalmente contra los autores, pues la maledicencia no es delito. Si lo fuera, los cafés se vaciarían de parroquianos o se llenarían de delatores dispuestos a señalar a todo rumorólogo -generador de rumores- que se aventurara a comentar los hechos de la actualidad).

Pero hablamos de Castañeda, y de Salinas.

Recién llegado a Dublín, después de haber sido cónsul general de México en Hong Kong, la misión del embajador Agustín Gutiérrez Canet implicaba precisamente mejorar la posición mexicana ante el gobierno irlandés, con vista a su presidencia semestral europea.

El embajador Gutiérrez Canet pudo ser castigado o por propiciar tal encuentro, vistas sus consecuencias, o simplemente por haber acogido a su amigo Castañeda en la capital de Irlanda. Puede excluirse lo primero, por dos circunstancias. De una parte, la cita del ex presidente y el académico y activista político se estableció directamente entre ellos, sin intervención del embajador, y tuvo lugar el sábado 6 de mayo, cuando el diplomático pasaba el fin de semana fuera de Dublín. Por otro lado, el cese fulminante ocurrió muy poco tiempo después de esa fecha, antes de que se decidiera esparcir la noticia del encuentro y atribuirle los efectos perniciosos y desestabilizadores que hoy se le achacan.

No es reconocible, por otro lado, signo alguno de distanciamiento y menos aun de antagonismo entre el presidente Zedillo y su antecesor. La política económica establecida por éste se cumple puntualmente hoy, y ni el Ministerio Público ni los mecanismos jurisdiccionales del Congreso han osado llamar al ex titular del Ejecutivo, no obstante que sobran los motivos para requerir ya no digamos para traerlo a juicio, sino siquiera para solicitar su testimonio y la privilegiada información que su posición le permitió adquirir. Y si bien es cierto que su hermano mayor está siendo procesado, también lo es que se estorba sistemáticamente el funcionamiento de la comisión legislativa que investiga a Conasupo, de cuyo trabajo se desprendería abundante evidencia para fortalecer uno de los juicios instaurados contra Raúl Salinas de Gortari.

Quizá-entonces fue la hospitalidad ofrecida a Castañeda lo que provocó la ira del canciller José Ángel Gurría, quien personalmente notificó a Gutiérrez Canet, vía telefónica, su remoción por pérdida de la confianza. Es probable que se resintiera en Tlatelolco la contribución de un miembro del servicio exterior a la difusión del pensamiento de un opositor al régimen, tal como se considera a Castañeda. Si se comprueba que tal fue la causa, estaríamos ante un absurdo monumental, por dos razones. Una es que castigaría un servicio útil al conocimiento de lo que pasa en México, porque en su conferencia Castañeda presentó el haz y el envés de la realidad mexicana. (Dijo, por ejemplo, que la pobreza no es condición suficiente para que el país estalle en una rebelión, porque hay más pobres en el DF que en Chiapas). Y la otra es que se ofrece a Europa una imagen de intolerancia justamente cuando se examinará cuánto practica México pautas democráticas, para ver si conviene tenerlo como socio. Y no será bueno para el interés nacional que se le perciba como intolerante. Y mucho menos que lo sea.

Seguiremos con este asunto.